



EN BRAKE \$6.00 DÓLARES LA HORA (IMAGEN 2, 3 Y 6 EN CRISIS) / IMPRESIÓN CROMÓCENA / 10 X 15 CM C/U. FOTÓGRAFA: MAYRA SILYA

# de la **FILTROS** **MEMORIA**

**MIGUEL CONZÁLEZ VIRGEN**

¿No lo entiende? Lo que frívolamente llamamos realidad no está ahí hasta que se ha convertido en realidad a través del arte. En otras palabras, el arte nunca hace una afirmación sobre la realidad, sino que es en sí mismo la única realidad que está ahí.

*Gerhard Richter*

La pintura de los manuscritos góticos, como el *Book of Kells* que data del año 800 y que se encuentra en el Trinity College de Dublín, revela una sensibilidad que interpreta la realidad visual como una serie de signos semiocultos que contienen el mensaje

de otra realidad mucho más concreta y cierta que la ilusión de lo contemplado. Tal como lo señala Kart Ruhrberg, “el realista serio no refleja irreflexivamente la realidad, sino que la analiza”, Adrián Procel ha desarrollado gran parte de su tra-



cifrado de Dios acerca del sentido final del mundo. La representación de símbolos mitológicos ocultos, miniaturizados, dentro de representaciones de objetos cotidianos, forzaban al espectador a descifrar las revelaciones que el lenguaje pictórico contenía dentro de diferentes niveles de percepción visual. Tal ejercicio constituía en realidad una preparación de cómo ver el mundo “real” exterior, en cuya contemplación el ser humano debía agudizar la mirada para descubrir los signos que el Ser Supremo había dejado para aquellos dispuestos a profundizar en el mensaje divino que estaba ahí, inmerso en la cotidianidad visual.

De esta forma, el arte pictórico medieval señalaba que lo percibido visualmente no era más que una “representación” simbólica, y que la realidad misma no era más que un mensaje cifrado para entender la “verdadera” realidad, metafísica y espiritual, a la que podíamos aspirar si comprendíamos los mensajes de este mundo.

La obra de Adrián Procel es una indagación continua sobre la lectura de la realidad visual como una sucesión infinita de signos que sugieren la existen-

bajo artístico con un hiperrealismo enfocado en analizar la experiencia de lo visual cuestionando su valor en torno a qué es lo real. A diferencia de la mayoría de los hiperrealistas anglosajones de la primera generación —Richard Estes, Robert Cottingham, Don Eddy, y algunos otros exponentes— que se concentraron en estudiar el valor propio de la pintura como medio con respecto a la fotografía, Adrián entiende ya perfectamente los alcances de cada medio, por lo que su trabajo no debe ser entendido como una contraposición al medio fotográfico. Más bien, la obra pictórica de Procel captura el momento visual no como una documentación del instante exterior, sino como una documentación del instante *interior* en el que la imagen visual es ya un hecho mental. Se trata, pues, de instantáneas de la memoria misma, del momento en que la percepción visual se convierte en imagen mental. Este retrato revela que ya en el momento de observar, instantáneamente cargamos la realidad de nuestro propio peso personal y mitológico.

Así, cuando a primera vista un cuadro de Adrián Procel parece darnos una imagen fotográfica de un

instante casual, una aparente instantánea de la cotidianidad personal, un examen más cuidadoso y pausado de la representación revela que los detalles de cada objeto y cada figura han sido despojados de cualquier accidente que hubiese interferido con la percepción ideal de la escena. Esto es, no hay en las imágenes ningún accidente que, en el usual registro fotográfico, aparece como un elemento que remite a alguna situación o evento que va más allá del tema de la fotografía: marcas en la piel, manchas extrañas en los muros, pliegues que remiten a otra ocasión, algún insecto que pasaba incidentalmente; todo ha sido filtrado por la memoria en el cuadro, el cual sólo incluye aquello que *recordamos fotográficamente* de los eventos cotidianos, de manera que esta representación tiene mayor realidad personal que la fotográfica. Es evidente que para Procel estas instantáneas de la mente, entrelazadas, van tejiendo una estructura de mitologías y simbolismos personales que a su vez se proyectan, en forma inversa, sobre la realidad misma, de manera que el artista desarrolla una sensibilidad visual que descubre en cada mirada

pular de México. Ya desde ese tiempo Adrián se interesó por los diferentes estratos de significado proyectados en el aparentemente inocente rótulo publicitario urbano o en la etiqueta de un envoltorio, desarrollando una sensibilidad especial hacia aquellos signos visuales de gran interacción mnemónica —pegajosos, pues. De aquí, la capacidad de análisis del artista le llevó a examinar aquellas escenas y momentos vitales que, como rótulos publicitarios, tienen la capacidad de permanecer continuamente en la memoria. Adrián entendió, además, que estas imágenes altamente mnemónicas han sido seleccionadas y filtradas por la mente para constituir una narrativa que otorga un sentido integral a la realidad.

Por esta misma razón la investigación de Adrián Procel tuvo que extenderse más allá de la representación pictórica propia, para rastrear en la realidad tridimensional aquellos objetos y sus marcas que tienen el poder de activar especialmente la facultad mitologizante del artista. Esto es, objetos y situaciones cotidianas con la capacidad de seducirnos, como un rótulo, para incorporarlos dentro de la estructura simbólica con la que damos sentido a



un posible nuevo símbolo o un nuevo elemento que integrar a su mitología personal.

Adrián inició su contacto con el arte pictórico como rotulista, es decir, como pintor de rótulos comerciales de gran demanda entre el comercio po-

la realidad. Entre sus “hallazgos”, Adrián ha llevado al espacio de las galerías una estaca topográfica con los niveles marcados; una piedra de especial forma ovoide, fracturada, que al centro guarda una especie de embrión mineral; un ladrillo intervenido

en el que la palabra MÉXICO del molde ha sido modificada a LÉXICO, con lo que una vez más el artista subraya la propiedad semiótica de los objetos, naturales o artificiales, que integran la estructura del mundo como un lenguaje codificado —no el lenguaje de Dios, como en el caso de los manuscritos medievales, sino el lenguaje de la publicidad personal con la que marcamos, como con estacas, los eventos más significativos en nuestra interpretación del mundo.

ro por excelencia de la época moderna, un mensaje que le señale la realidad concreta de su memoria.

Como una investigación continua sobre la percepción de la realidad visual, la obra de Adrián Procel puede ser vista como un *Book of Kells* personal, que nos enseña a leer nuestra realidad visual para comprender la forma en que lo observado se transforma instantáneamente en un símbolo cargado de referencias implícitas y conexiones semiocultas —inconscientemente— con el tejido de mitos y narracio-



Mucho más complejas han sido las acciones en las que Adrián ha tomado objetos para llevarlos al espacio de las galerías. Se trata de ciertas cosas que en los viajes de Procel adquirieron un peso especialmente mnemónico y significativo, para los que ya no basta una representación pictórica realista para evocar su realidad mental, sino que se han convertido en verdaderos íconos dentro de la mitología del artista, que ameritan su presencia física como afirmación y correspondencia de la memoria. Aún más, en el traslado de equipaje que Adrián Procel hizo desde Nueva York a Monterrey, el artista marcó en Manhattan su propio rótulo personal en el concreto para dejar, en el material durade-

nes que usamos para dar un sentido personal a la experiencia del mundo. Como en los manuscritos medievales, las pinturas de Procel nos empujan a observar los más mínimos detalles de la representación pictórica; sólo que, si en las miniaturas góticas cada detalle contiene a su vez otros detalles simbólicos en diferentes escalas, en las obras de Procel descubrimos que esos detalles están perfectamente vacíos, que la mano ya no tiene más poros, que la superficie reflexiva ya no revela más texturas: que la percepción del detalle tiene sentido sólo como un símbolo o estaca que completa el mapa topográfico sobre el que discurren como mitos ciertos instantes cotidianos.